

Manuel SECO REYMUNDO



- *Aprendí más en el Instituto que en la Facultad*
- *No suele alabarse lo bastante la grandeza de Felipe V*
- *Mi «hijo predilecto» es el «Diccionario del español actual», aún no nacido*

LOS POCOS SABIOS QUE EN EL MUNDO HAN SIDO



De nuestra redacción

La rama que al tronco sale...

– Si le parece bien empezamos por su biografía personal y académica. ¿Dónde nació Manuel Seco?

– Nací en Madrid, en 1928. Mi padre era Rafael Seco, autor de un Manual de Gramática que tuvo cierta celebridad en su época, porque no había entonces manuales de gramática, obras de información para el público no especializado. Se publicó en el año 30. Es casi hermano «gemelo mío». Este libro se agotó alrededor de los años de la guerra civil. Después aparecieron algunos ejemplares sueltos en librerías de viejo. Cuando yo terminé la carrera en la Facultad hice una segunda edición, en 1954, revisada, con un prólogo. Después esa versión hecha por mí se ha seguido editando hasta la fecha. Se sigue vendiendo bastante bien.

La edad de la razón y la sinrazón de la guerra

Manuel Seco, una vez rendido este homenaje a la memoria de su padre, retoma el hilo de su propia biografía.

– Cuando yo tenía 7 años estalló la Guerra. Vivíamos en Madrid. Mi padre había muerto en el año 33. Y nuestra casa sufrió bombardeos. Salimos huyendo. Un tío mío, que era cónsul en



Manuel Seco Reymundo es catedrático de lengua y literatura del Instituto «Tirso de Molina» de Madrid, y miembro de la Real Academia Española. Dos razones de peso para traerlo a esta sección de la revista. Manuel Seco es un hombre cordial, sin el menor ribete de pedantería. Accedió gustoso a concedernos la entrevista y nos citó en la Academia. Un lugar indiscutiblemente solemne. Esta impresión de solemnidad aumentó cuando un ordenanza nos dijo que pasáramos al despacho del Director, que «enseguida bajaba D. Manuel».

Manuel Seco es de mediana estatura. Tiene el pelo casi blanco. Viste de modo correcto y discreto. Hubiéramos preferido entrevistarle en un marco más suyo, en su ambiente de trabajo. Su afabilidad, no obstante, quitó hierro a la seriedad carmesí del despacho.

Manuel Seco tiene una sonrisa amable, algo tímida. Habla pausadamente. Una vez instalada la grabadora e instalados nosotros en torno a ella, la entrevista transcurrió en estos términos:

Southampton, se había ofrecido para tenernos en su casa, y mi madre, decidida a buscar un lugar más seguro para sus cuatro hijos, aceptó. Fuimos a Valencia, pero tardamos en embarcar algunos meses. De Valencia fuimos a Marsella, y por fin nos vimos en Inglaterra. Allí hicimos estudios. Aprendimos el inglés, aunque después olvidamos gran parte de lo aprendido. Fue, de todos modos, una experiencia interesante.

Al terminar la guerra volvimos a España. Recuerdo la penosa impresión que tuve al ver esa España destrozada, sobre todo en contraste con la hermosura del paisaje inglés... Aquí continué mis estudios. Primero en un colegio privado, más bien modesto. Luego seguí en el Instituto «Cervantes», en la época en que estaba en la calle de Prim.

Un recuerdo agradecido

Allí, en el Instituto «Cervantes», tuve muy buenos maestros. Conservo muy buen recuerdo de los profesores que tuve en la enseñanza media. El catedrático de lengua y literatura era Tamayo. En física y química teníamos a Mingarro. En filosofía, a Cardenal... Y mi opinión es que en el Instituto tuve en conjunto mejores maestros y aprendí más que lo que luego me enseñaron en la Facultad. Y eso que en la Facultad tuve como maestros a Lapesa y a Dámaso Alonso. Quiero decir con esto que sé lo que me digo...

Manuel Seco sonríe francamente, divertido de la -al menos aparente- paradoja. A nosotros, Catedráticos del Instituto, nos complace lo que ha dicho.

- Terminé el bachillerato en el año 47. Era entonces el bachillerato de 7 años, y luego había un examen de estado. Me matriculé en la Facultad. Terminé con premio extraordinario en 1952.

La lucha por la vida

Después me puse a preparar la tesis doctoral, pero tuve que dejarla aparcada, como ahora se dice, por razones de supervivencia. Me puse a preparar oposiciones a cátedras de instituto. Y la primera a la que pude presentarme fue en el año 60. Saqué el número 2. Pude elegir Ávila. Y allí estuve 2 años. Y entonces fue cuando Lapesa, que había sido mi maestro en la Facultad, me invitó a venirme al Seminario de Lexicografía. Entre él y Julio Casares, que era el Director del Seminario, consiguieron una situación administrativa, la excedencia activa, que me permitiese estar aquí, trabajando en el Seminario, mañana y tarde, 8 horas. Al cabo de 2 años de estar aquí, en la Academia, se me presentó la oportunidad de pedir concurso de traslado. Y conseguí la plaza que había solicitado, que era Guadalajara. Entonces volví al tra-

bajo activo en el instituto. Iba allí por las mañanas y aquí por las tardes. Luego conseguí el traslado al Instituto del Barrio del Pilar.

Manuel Seco calla unos momentos. Parece como si le cansara la rememoración del pasado ajeteo...

El año 70 pedí la excedencia. Pero lo que ganaba como redactor del Diccionario Histórico era insuficiente, y reingresé en el Instituto «Tirso de Molina». Allí estuve otros dos años. Pero no podía simultanear los dos trabajos. La Academia gestionó la comisión de servicio, que es la situación en la que estoy ahora. Y poco después, en el año 79, la Academia me eligió como miembro.

- *He creído observar una cierta añoranza por la excedencia activa. Hace poco apareció en la prensa una carta que firmaban varios académicos sobre el problema de las incompatibilidades, y sobre los daños que podría ocasionar al progreso de la ciencia española. No sé si hay vinculación entre esa carta y esa añoranza.*

- No, no es que piense que la excedencia activa sea mejor que la comisión de servicio. Tenía la ventaja de que no se concedía por un tiempo tan limitado. La añoranza está en que yo no la agoté, sino que apenas pasado un año difícil, reingresé en la enseñanza. Ahí es donde puede estar la añoranza, porque entonces me cargué de trabajo. Combinar dos actividades diferentes es algo que se puede sobrellevar cuando se tiene el vigor juvenil. Pero ese vigor se va perdiendo sin darse un cuenta. Y llega un momento, como me ocurrió a mí en el año 77, en que se hacía muy duro dar clase y luego estar cuatro horas por la tarde trabajando aquí. Ahora no podría volver al pluriempleo...

Obras son amores...

- *Vamos ahora con la obra. Manuel Seco es más conocido por sus obras de gramática que por las de lexicografía. ¿Es así? ¿O es una impresión? Y sin embargo, en el curriculum que hemos repasado, la lexicografía parece pesar más que la gramática.*

- Bueno, vamos a ver. Hasta incorporarme al Seminario de Lexicografía yo había trabajado en varias cosas que no eran lexicografía pura, aunque algunas sí estaban conectadas con ella. En el año 54, como os dije, yo había publicado la gramática de mi padre. Era una obra ajena, pero que yo había trabajado y estudiado como si fuera mía. Aquello me marcó una dirección, me hizo encaminarme por la senda de la gramática. Pero por aquellos años, cuando yo preparaba la edición de la gramática de mi padre, me puse a trabajar en la tesis doctoral, que era ya lexicografía.

- *¿El tema de la tesis?*

- *El vocabulario de Arniches. De ahí, más ade-*

lante, sacaría un libro. Pero lo que primero publiqué fue el resultado de la preparación de oposiciones: la memoria de la oposición, que se editó casi inmediatamente después de ganar la cátedra.

- *Un libro muy útil, por cierto, y que ha sido muy manejado por generaciones posteriores de catedráticos.*

- Sí, a pesar de que ya está bastante pasado de moda. Y además agotado.

- *¿Qué viene después en la producción de Manuel Seco?*

el año 64. Y a partir de ahí se ha extendido, no sólo por España, sino en países extranjeros de habla hispana y no hispana. Hace poco estuve en una gira de conferencias, por Suiza y por Suecia, y allí varios estudiantes me dijeron que conocían mi *Diccionario de dudas de la lengua española*.

Una tesis sin desperdicio

Manuel Seco queda otra vez en silencio. El ruido de la calle llega muy apagado hasta el



Manuel Seco, con nuestro director, Felipe Pedraza, en un momento de la entrevista.

- Bien, por aquellos años, mientras preparaba las oposiciones, la editorial que había publicado la gramática de mi padre me encargó un libro cuyo título provisional era *Diccionario de dificultades gramaticales*. Y empecé a trabajar sobre aquello, porque era un tema que me interesaba personalmente. Pero el desarrollo del libro hizo que se orientase, más que a dificultades estrictamente gramaticales, a dificultades lingüísticas en general. Dudas del uso léxico, ortográfico, prosódico, etc. El libro tardé en entregarlo, pero al final se publicó en el 61. Tuvo mucho éxito. Se vendió rápidamente. Enseguida tuve que preparar la segunda edición, que apareció, muy aumentada, en

despacho. Sentimos una curiosa sensación de «intemporalidad».

- Una vez obtenida la cátedra, pude dedicarme a la tesis. La presenté al final de los años 60. Obtuvo premio extraordinario, y antes incluso de presentarla ya había recibido una oferta para su publicación. Debidamente retocada y abreviada, esta tesis se publicó como libro en el año 70, con el título *Arniches y el habla de Madrid*. Y antes de publicarse yo la había presentado a un concurso de la Academia, el Rivadeneira, y me dieron el premio. De modo que la tesis nació con buen pie. Pero sólo en este sentido, porque poco después la editorial atravesó por una crisis, y mi libro apare-

ció en las librerías de viejo. Tuvo mala suerte al final, a pesar de los buenos augurios.

- A veces los libros que tienen mejor fortuna se quedan arrinconados sobre las bibliotecas de los especialistas. Y ese libro, quizá por esas mismas circunstancias, es más popular.

- Es posible, claro. Pero su popularidad tiene dos caras: por una parte puede haber interesado a los lingüistas; pero por otra parte también a la gente curiosa, no especialista.

La gramática esencial

- ¿Más obras?

- Sí, más obras. La editorial me había pedido que preparase una gramática elemental, orientada a los niños; que fuese de lectura fácil, y que se pudiese utilizar como manual de consulta sin que despertase la antipatía que suelen suscitar en los estudiantes los libros de texto. Yo, igual que con el *Diccionario de dudas*, desvié ligeramente la orientación que me habían propuesto, y en vez de hacer un libro para niños lo dirigí hacia los adultos que, hubiesen estudiado o no el bachillerato, pudiesen entenderlo. Mi pretensión no era sólo estudiar gramática, sino la lengua; no presentarla como materia de estudio, sino como una forma de llegar a la esencia de la lengua. Por eso se llamó *Gramática esencial*. Se publicó en el 72 y ha salido casi a reimpresión por año, en tiradas que no son pequeñas.

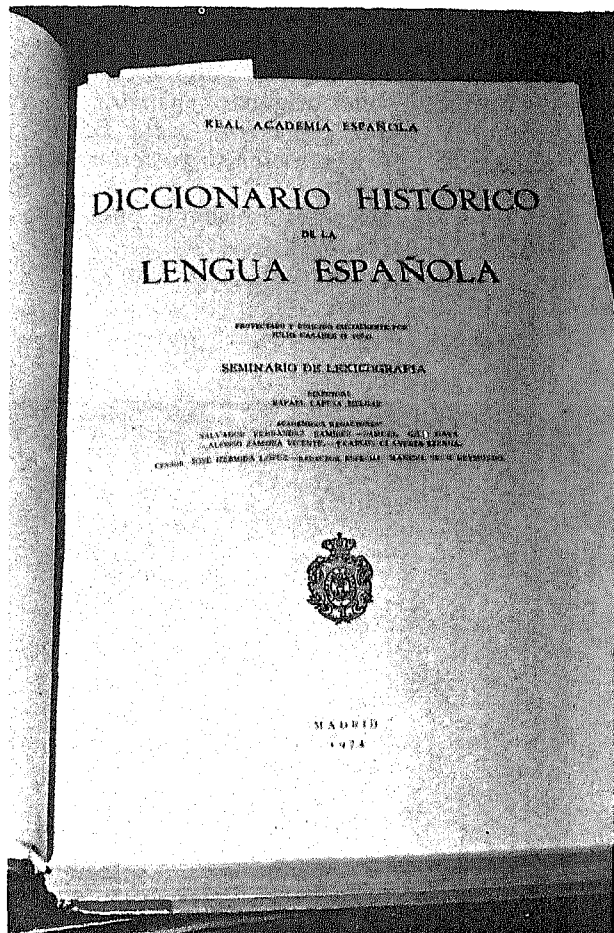
La saga de los diccionarios

- Al margen del vocabulario de Arniches, ¿los trabajos lexicográficos de Manuel Seco están vinculados a la Academia?

- No exactamente. Hay una obra, todavía en gestación, por la que tengo el máximo interés personal: un *Diccionario del español actual*. Una idea que, a mi entender, es bastante novedosa en la lexicografía española.

Manuel Seco se arrellana, lo mejor que puede, en el sillón, antes de continuar (Los sillones de este despacho son de noble presencia, pero asaz incómodos, sea dicho entre paréntesis).

- Hay dos clases de diccionarios en la lexicografía española —en una clasificación pragmática—: los diccionarios con autoridades y los sin autoridades. Existe el *Diccionario de autoridades* por antonomasia, que se hizo en un tiempo récord por los académicos fundadores, con medios bastante limitados, pero contando, eso sí, con la ayuda generosa y con la comprensión del rey Felipe V. No suele alabarse bastante la grandeza de este rey, que no sólo fundó la Academia de la Lengua, que es una buena fundación, sino otras Academias, como la de la Historia; la intención del rey al fun-



dar las Academias fue suplir las deficiencias que entonces tenía la Universidad. Eran avanzadas de la investigación... pero bueno, esto es una digresión. Volviendo al *Diccionario de autoridades*: de 1726 a 1739 se publicaron 6 volúmenes. Fue, en efecto, un trabajo hecho en poco tiempo. Los académicos eran conscientes de que hacía falta revisión, y prepararon una 2ª edición. Se hizo un primer volumen en 1770. Pero la generación fundadora ya estaba fuera de combate. Y los de la segunda generación no tuvieron el coraje suficiente para continuar. En vista de la demanda se hizo una versión abreviada, en un volumen, sin autoridades, el año 1780. Fue la primera edición del diccionario común, usual. A partir de ahí la Academia, como sabéis, ha publicado muchas ediciones en un volumen. La próxima saldrá en dos.

- ¿Más pequeños?

- Espero que sean más manejables que el actual. No lo sé, porque esto dependerá, también, del papel y de la encuadernación. En cualquier caso, como veis, es la Academia la que fija los dos tipos de diccionarios: con autoridades y sin autoridades.

Manuel Seco nos habla del *Thesoro* de Covarrubias, precedente del *Diccionario de autoridades*, y que, pese a no estar plenamente lo-

grado, tiene inmenso mérito, un interés histórico indiscutible. También del diccionarios de Pajes, con autoridades, unas sacadas de la Academia, otras sin procedencia exacta. Del diccionario de Adolfo de Castro, muy poco conocido, porque se publicó un primer volumen en 1852, pero no tuvo continuación.

– En la historia de los diccionarios de autoridades, con apoyo de textos literarios para las acepciones de las palabras, hay que pasar ya al *Diccionario histórico* de la Academia, de 1933. Se publicó un volumen ese año y otro en 1936. Pero cayó una bomba donde estaban almacenados los materiales. Una vez terminada la guerra aquel diccionario no se continuó.

Nos explica después Manuel Seco cómo Julio Casares, uno de los que lo empezaron de acuerdo con Pemán, puso en marcha el Seminario de Lexicografía, encaminado a la publicación de un diccionario histórico hecho sobre bases más sólidas, y que es en el que actualmente trabaja la Academia. Nos habla, también, de los precedentes europeos: el Diccionario alemán de los hermanos Grimm, el francés, el holandés, inglés, publicado en 45 años; el *Diccionario catalán-valenciano-balear* de Mosén Alcover... En fin, todo, o prácticamente todo, lo que se puede saber sobre diccionarios. Por imperativos del espacio, tenemos que condensar y dejar cosas –muy enjundiosas– sin transcribir.

El hijo predilecto

– *Todo esto ha venido a colación porque Manuel Seco mencionó su Diccionario del español actual...*

– En efecto, yo estoy ahora trabajando en ese diccionario, al que mejor que «de autoridades», convendría denominar «con textos». Más que un diccionario diacrónico, como es el *Histórico*, sería un diccionario *sincrónico*. Trabajamos en él, desde hace 13 años, 3 personas: Gabino Ramos, cate-drático de francés; Olimpia Andrés, lexicógrafa, y yo. Creo que falta poco para que lo terminemos. Este Diccionario es mi «hijo predilecto», aunque todavía no haya nacido. Bueno, en realidad *nuestro* hijo predilecto, puesto que es una obra colectiva...

Manuel Seco nos habla de un proyecto semejante que ha surgido después en Méjico –el *Diccionario del español de Méjico*–. «No quiero insinuar –nos aclara– que esté inspirado en el mío». Se trata de un proyecto interesante, porque no va a recoger sólo «mejicanismos» populares, sino que aspira a recoger, precisamente, todo el léxico español usado allí. De momento se ha publicado un anticipo, para su uso escolar.

– *En este Diccionario del español actual, ¿cuáles van a ser las fuentes? ¿Van a ser autoridades literarias, periódicos, lenguaje hablado? Y, por otra parte, ¿qué alcance geográfico va a tener?*

– Buenas preguntas, como se suele decir. Veamos. En la *micro-estructura*, cada acepción está apoyada por algún texto que acredite su existencia. Ese texto se publicará como demostración y como ejemplo de uso. Porque una cosa que todos sabemos, y especialmente los lexicógrafos, aunque los editores suelen olvidarlo, es que el significado de una palabra es vivo cuando está en un contexto, no cuando está la palabra aislada. Por eso los ejemplos proceden de la lengua escrita, aunque no de la lengua literaria necesariamente. Pueden ser textos del B.O.E., de un periódico, de la guía de teléfonos, de un folleto de propaganda...

– *Cela, en su Diccionario secreto echa mano de documentos judiciales...*

– Nosotros utilizamos cualquier tipo de fuentes sólo si están publicadas, para evitar las suspicacias que otros diccionarios suscitan. Por eso no citamos más que textos impresos: no manuscritos, ni a máquina, ni a ciclostil. Por muy interesantes que sean. Muchas veces hemos tenido que hacer este sacrificio. Ahora bien, si están impresos, una simple hoja volandera, una hojita de propaganda, pueden servir, porque damos por supuesto que esas hojas, al menos teóricamente, tienen una autorización y estarán depositadas legalmente en algún organismo oficial.

Problemas de método

– *¿Cuál es la principal dificultad para utilizar textos orales?*

– Hay tres: 1ª) Dificultad material para recoger encuestas. Somos un equipo reducido y con un presupuesto escaso. 2ª) Los términos grabados no son comprobables. 3ª) Estimamos que, para que una palabra se considere de la *lengua*, no sólo del *habla* –una vigencia de moda– tienen que pasar por la forma escrita. Se puede objetar que hay muchas palabras que han sido inventadas por un autor demasiado original o demasiado ignorante. Para eso tenemos un sistema: no nos basta un testimonio aislado. Necesitamos un mínimo de dos, y de diferentes momentos a ser posible.

– *¿Y la macroestructura del diccionario, qué problemas plantea?*

– La determinación de las palabras a las que hay que dar cabida está basada exclusivamente en los hechos registrados. Nuestro diccionario tendrá el interés de no recoger ni una palabra muerta desde 1955 hasta hoy. Desaparecerán de una vez para siempre las palabras fantasma que hay en todos los diccionarios. Para ello, también, era importante determinar los límites temporales, fijar la *sincronía*, es decir, el conjunto de fenómenos léxicos que se producen simultáneamente para una comunidad hablante. Esta «simultaneidad» debe abarcar, como máximo, la vida de un ser humano.

– ¿Y la fijación de los límites geográficos, a que antes se aludió?

– Nos limitamos al español de España y todas sus regiones. Y a lo que es el español *general* principalmente. En materiales de prensa damos preferencia a los periódicos de difusión nacional. En la literatura regionalista se buscan los regionalismos del castellano hablado en tal sitio o en tal otro, no del léxico catalán o gallego, por ejemplo; eso quedaría fuera, a no ser que se tratase de palabras catalanas, gallegas o vascas incorporadas al curso habitual del castellano hablado en esas regiones. Excluimos el castellano de América, porque, ya os lo he dicho, somos un equipo muy limitado en material humano y en material económico. España es bastante grande para establecer un léxico. Otra cosa sería en sucesivas ediciones. Tenemos fe en este libro.

Habla el profesor

– Si le parece bien a Manuel Seco, vamos a cambiar de tema. Vamos a asomarnos al eterno problema de la gramática. Parece que los niños no llegan a asimilar la que se enseña en la escuela. Hay quienes propugnan la vuelta a la gramática normativa. Otros dicen que está definitivamente enterrada. ¿Cuál es la posición de Manuel Seco frente a esta «lucha de gramáticas»?



– Mi opinión es que la enseñanza de la gramática debería desterrarse en los grados más elementales, incluso en el actual primer curso de bachillerato. La enseñanza hoy está disparatadamente distribuida. (Yo estoy en completo desacuerdo con la ley del Ministro Villar Palasí). No apruebo en absoluto ese bachillerato reducido a tres años, en el que los estudiantes apenas adquieren enseñanza media. Mi punto de vista es que la gramática no hace falta. Lo que hace falta es enseñar lengua. En el actual bachillerato –«bachillerito», como dice Alberto Sánchez– la destrucción es descabellada. Se da por supuesto que al entrar en el bachillerato los estudiantes saben lengua española. Y en segundo lugar, parece suponerse también que la culminación de ese conocimiento de la lengua española se puede lograr (en un solo año! Todavía, los que pasan por COU, tienen un año de lengua. Pero ese año sólo sirve para poner algunos parches al océano de ignorancia. Creo que la enseñanza de la lengua está echada a perder. Y creo que esto es gravísimo, porque en todos los países civilizados la lengua es la asignatura central, porque sin la lengua no puede adquirirse ningún otro conocimiento.

Manuel Seco lanza también algunas diatribas contra la lingüística como asignatura. Es absurdo que los alumnos «asimilen» ideas de lingüística generativa y luego no sepan encontrar en una oración el sujeto y el predicado...

– Ahora bien, excluir totalmente la gramática, tampoco es necesario. Sea de una escuela o de otra, de la gramática puede explicarse lo indispensable para el buen uso de la lengua, sin necesidad de meterse en tinglados terminológicos. La prueba de ello está en la pedagogía inglesa: los ingleses son capaces de enseñar su lengua a los extranjeros y a sus propios niños sin utilizar apenas terminología gramatical.

Indicamos a Manuel Seco que, en la actual reforma de las enseñanzas medias, en fase experimental, se está trabajando, en lo que hace a la lengua, en esta línea de simplificación esencial, para conseguir que los chicos sepan su lengua.

La ortografía académica

– Precisamente, en esta línea «práctica», uno de los problemas es la enseñanza de la ortografía. La Academia ha acertado con los Diccionarios. Parece que menos con la ortografía.

– La ortografía académica, es cierto, no tiene la buena prensa que tiene el Diccionario. Pero también es verdad que el Diccionario tampoco tiene buena prensa en algunos sectores.

– Quitando a Francisco Umbral y algún otro más, todo el mundo echa mano del Diccionario de la Academia...

- De todos modos la Academia es consciente de sus defectos, y hace lo posible, dentro de sus escasísimos medios, por remediar esos males. Pero yo quería decir de la ortografía académica que a mí me parece un buen sistema ortográfico. La ortografía española es el sistema, dentro de las lenguas occidentales (románicas, alemán, inglés...), más perfecto. Esto es muy solemne, pero cierto. La ortografía italiana, por ejemplo, ha sido más radical suprimiendo sonidos inexistentes -supresión casi absoluta de la «h» muda, simplificación de grupos consonánticos, etc-. Pero no es tan simple como parece.

- ¿Por qué la Academia no aceptó en el siglo XVIII el sistema de Correas, la ortografía fonológica?

- Quizá por culpa de la letra «k», que consideramos algo exótica... Lo que hizo la Academia fue, entre las distintas posibilidades que en ese momento estaban fluctuando en el idioma, escoger aquellas que uniformasen la escritura con arreglo a un canon etimológico. Por eso «haber», que se escribía sin «h» y con «v», pasó a escribirse con «h» y con «b», por el empeño de ser fieles a la etimología. La Academia se ajustó al criterio que se seguía en otros idiomas.

Manuel Seco sigue haciendo algunas precisiones: La Academia acepta formas etimológicas y también fonéticas, caso de *substituir* / *sustituir*, *obsuro* / *oscuro*. No se trata de suprimir la forma etimológica, sino de dar preferencia a la más real. Sin embargo -añade- «yo digo *sicología*, pero escrito *psicología*. Me parece que los tecnicismos, en lo posible, deben ajustarse a su etimología».

Final

Preguntamos a Manuel Seco si recuerda cuántos catedráticos de Instituto ha habido y hay en la Academia. Y Manuel Seco va recordando: Gili Gaya, Salvador Fernández Ramírez, García de Diego, Antonio Machado, Narciso Alonso Cortés... De los vivos, el más venerable, hoy, es Gerardo Diego. Luego, Guillermo Díaz Plaja, Torrente Ballester... Son excelentes, por pertenecer hoy a la universidad, Lapesa, Alarcos, Zamora, Emilio Lorenzo.

Se habla, también, de los académicos «literatos» y «científicos». Parece que predominan los «artistas». «Lo que ocurre es que, entre los creadores, algunos son, además, críticos literarios o cultivadores de alguna rama de la lingüística». Casos de Zamora Vicente, Dámaso Alonso, Bousoño...

- Nosotros no tenemos ya más preguntas. ¿Quiere decir algo Manuel Seco a los lectores de la Nueva revista de enseñanzas medias?

- Me parece bueno hacerles llegar, hablando de la Academia, que el papel de ésta no es decorativo; que si no hace más es porque no recibe más ayuda. La Academia procura no estar por debajo de su misión, pero no tiene más medios. El Estado español ayuda muy miserablemente: la asignación que la Academia recibe es absolutamente insuficiente.

* * *

Sin grabar, hablamos aún un buen rato. Manuel Seco nos acompaña hasta la puerta. Al salir a la calle -«Felipe IV», dice la placa que campea en una esquina de la Academia- pensamos que estaría justificado cambiar el ordinal...

